

# EL PANORAMA.

## LOS CRUZADOS EN VENECIA, ó la fingida Emperatriz.

(Continuacion.)

### LAS SORPRESAS.

Ajtaba ya Febo la fogoso cuadriga hacia los mares de occidente; y señoreando poco á poco la noche las playas del Adriático, se preparaba á cubrir con su manto los misterios, los amores y las traiciones de Venecia. Los ojos de las hermosas venecianas brillaban en el último crepúsculo del día, bajo los velos negros de encaje, como brillan los astros á traves de los rayos abasadores de la lumbre meridiana, momentaneamente empañada por una pasajera nube del estío.

En el interior de uno de los palacios del gran canal se ve una hermosa jóven, elegantemente vestida de tornasolado terciopelo, arrodillada en la grada de su reclinatorio, cubierto el rostro con ámbas manos, y entregada al parecer á un extático arrobó. No piensa, sin embargo, en las cosas del cielo: su trastornado espíritu no se remonta hasta el trono de la Divinidad. La inquietud que envenena su alma vierte palidez en su semblante: las ardientes lágrimas que brotan de sus bellos ojos

hacen profundos surcos en sus lívidas mejillas; y si por un momento los alza, como para respirar con mayor desahogo, vuelven á fijarse un instante despues sobre el entapizado pavimento, en actitud contemplativa y con la inmovilidad del terror.

Apoyado en el cancel de una puerta entreabierta, se deja ver mas pálido, mas inmóvil todavia un jóven que la mira atentamente. Tiene colocada la mano derecha sobre el palpitante corazon; receloso de que sus latidos le descubran no se atreve á respirar, sofoca el aliento, y ofrece tan débiles señales de vida como pudiera el mas helado cadáver.

Envuelto entre sollozos mal comprimidos lánzase al fin de entre los labios de la bella el nombre de ¡Pablo! y una voz sepulcral contesta ¡Margarita!

— ¡Pablo! exclamó esta... ¿qué buscas aqui? Sal pronto... huye... huye, por el Dios de tus padres! Te van á asesinar!

— Lo sé, continuó friamente el desgraciado Pablo, sin consternarse, ni aun casi conmoverse. Pero tú, añade, tú... ¿qué vas á hacer?

— Sal de aqui, Pablo, repite Margarita: por piedad! ¡Van á llegar, y será inevitable tu muerte!

— ¿Qué me importa al presente la vida? ¡He perdido ya todo cuanto pudiera hacerme amable! ¿Qué me importarian tampoco unos amigos que ya me son odiosos, ni una familia á quien miro con indiferencia? El hermoso sol del Adriático, los arductores cánticos de amor, las noches alegres de las góndolas, los inmarcesibles laureles de la divina poesia con que las musas tejieron á mis sienes coronas de

gloria, de triunfo... nada interesa ya á una alma abatida, á un amor propio torpemente humillado. ¡Margarita! ¡Margarita! El aliento de esa boca, tan hermosa como falaz, ha helado para mí el sol vivificador de la Italia. Tú has hecho aborrecible el amor á mis ojos: tú has secado en mi pecho las fuentes de la felicidad: tú has convertido para mí en yermo desierto el ameno jardín de la vida: tú has desvanecido como el humo las ilusiones mas gratas á mi corazón.

— Óyeme, Pablo, óyeme, le dijo Margarita, echándole al cuello sus brazos de marfil. ¡Que el Dios de Abraham y Jacob seque mi cuerpo y mi alma si miento! Á nadie amo, á nadie amé jamás sino á tí. Mi único deseo era hacerte dueño de mi mano, como lo eres; tú lo sabes! de mi voluntad; pero la suerte dispone de nosotros sin consultarnos. Cuando consentí en pasar á los ojos del Marques de Montferrat por la emperatriz de Constantioplá, no hice sino ceder á los ruegos, á las órdenes de mi padre. Te juro que ni amaba ni amo al Marques: vuelvo á jurarte que no le amaré nunca. Tu memoria vivirá eternamente en mi pecho: ella mitigará las amarguras de mi atormentada existencia, ella me recordará la verdadera felicidad de mi primera juventud; mas la pasión que he inspirado á uno de los más poderosos caballeros de la cristiandad, la proposición de matrimonio que ha querido hacerme, la ilusión que me causa un nombre distinguido, la corona de Marquesa que va á ceñir muy pronto mis sienas... ¡Ah! todo esto me asalta, me aturde, me confunde, me pierde; y ántes sufriría los tormentos de la muerte mas lenta y cruel, que renunciar á la seductora grandeza que deslumbra mi razón.

Pablo, que se había adelantado un poco hacia Margarita en el calor de su vehemente discurso, retrocedió algunos pa-

sos horrorizado, y cruzando las manos exclamó:

— ¡Infame! ¡maldición sobre tí! ¡maldición sobre cuantas albergan como tú, bajo las nobles y majestuosas formas de una divinidad celeste, el alma venal y fermentada de los jeníos infernales! Vas á cometer un delito: vas á consumir un crimen execrable! tú responderás algun día delante del Dios que oyó nuestros juramentos... y tambien acaso delante de los hombres que me serán hoy testigos de tu prevaricación!

— No cambiaré de resolución, Pablo!

— Mujer desnaturalizada... mujer cuyo corazón se ha petrificado, sometido al influjo de un oro vil que detesto... continuaba Pablo fuera de sí... tú acabas de pronunciar mi sentencia de muerte! Veo que no me sacrifica el odio: sé que no muero á los rigores de la indiferencia. Es un cálculo de ambición, es una combinación de intereses mezquino la que causa mi fatal desgracia. ¡Infeliz! Una corona de marquesa subyuga de tal modo tu alma baja, que te hace sofocar; ingrata! la pasión más tierna... aquella pasión que subordina á su imperio todas las otras... Una corona de marquesa te conduce á la torpe venta de tus afectos simulados, sofocando los verdaderos! Pero no: aun es tiempo: semejante maldad no quedará impune: ella me autoriza, y mi despecho lo exige. ¡Tremblas? ¡Tienes razón para temblar! corró al encuentro de tu noble esposo. Yo le diré: Marques de Montferrat... vuestra prometida esposa, vuestra princesa, vuestra prófuga emperatriz, vuestra... es la hija de un humilde judío, vil espía del Dux de Venecia.

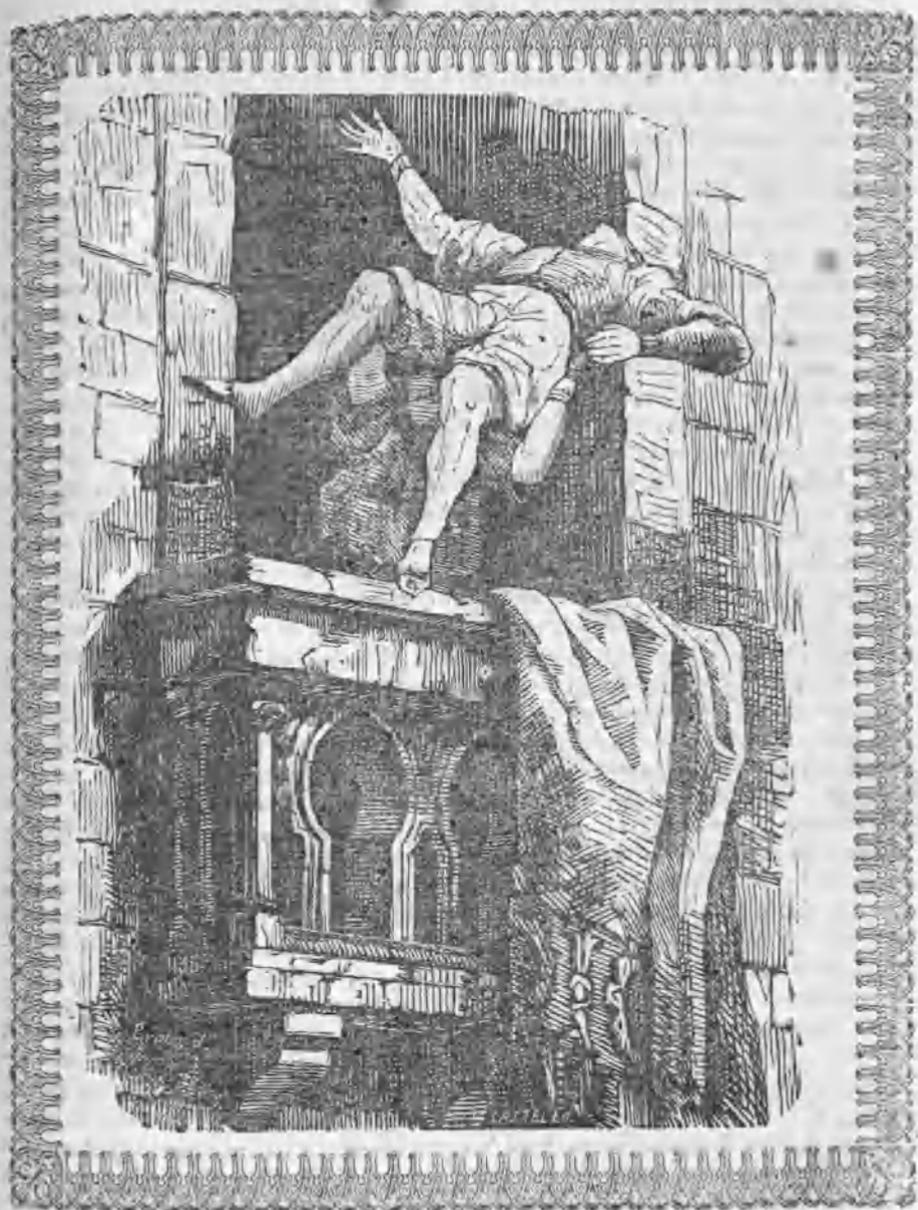
— ¡Pablo! ¡Pablo! ¡Silencio por piedad!

— ¡Sígueme!

— No: jamás!

— ¡Renuncia á un delito!

— ¡Aléjate y calla!



— ¿Has decretado irrevocablemente mi muerte?

— Quiero ser marquesa de Montferrat.

— ¡Te abandono á tu fatal destino! Si guelo, ingrata. Rompo sin sentimiento las cadenas que me esclavizan. Desde este instante tu nombre será indiferente... ¡No! indiferente no... ¡despreciable, á los oídos de Pablo! Si se pronuncia en mi presencia, me recordará tu perfidia; pero indigno de mi cólera, queda condenado para siempre al desprecio de un hombre cuyo amor no has merecido nunca.

Al pronunciar las últimas palabras bajó rápidamente las escaleras del palacio: en breve, sin embargo, volvió á subir, y penetró segunda vez en la habitación donde se hallaba Margarita, mas pálido que la muerte y erizado el cabello. Guido de Cernay, con vestiduras sacerdotales, y el Marques de Montferrat subían apresuradamente casi precipitándose sobre Pablo.

— ¡Miserable poeta! Insolente cantor! ¡Matadle! ¡Una lanza! ¡Una espada!

El desarmado Marques oprimió con sus nervudas manos la garganta de Pablo, y le arrojó en tierra. Los ojos del poeta lanzaron una mirada fulminante sobre la engalanada esposa que se apoyó en su reclinatorio para no desmayarse. Con brazo robusto levantó del suelo el Marques á su maltratado rival, tan fácilmente como hubiera alzado un yelmo ó un escudo: le suspendió sobre la balaustrada del balcon, y dejándole caer en el gran canal, gritó al mismo tiempo á su barquero:

— ¡Acaba á ese miserable con tu aviador!

Después se arrodilló, con semblante risueño, al lado de la hermosa Margarita, que conservaba bastante fuerza para no acabar de desmayarse hasta después que Guido de Cernay hubo llamado la protección del cielo sobre la Marquesa de Montferrat.

## LA SALA DE ARMAS.

Recobrada de su desmayo, abrió poco á poco los lánguidos ojos, miró en rededor suyo, y se sorprendió al hallarse en una habitación desconocida, donde no recordaba haber estado jamás. Era un salon alto, de artesonado techo, sostenido por gruesas columnas. En su vasta extension brillaban, colocados sin orden, escudos, yelmos, cotas de malla, espadas, dagas, mazas, lanzas y puñales. En frente de Margarita, sobre una mesa en cuya recamada cubierta resaltaba en labores de alto relieve la corona del Marques, se veía un dorado y brillante casco en que reflejaba su amortiguada luz una lámpara de bronce, suspendida en el centro del salon. No lejos de la mesa, ocupaba un rico sillal el Marques, absorto en contemplar la sin igual belleza de su Emperatriz, recostada en el respaldo de un ancho sillón gótico, de nogal tallado. Este salon comunicaba inmediatamente á un gabinete que Montferrat habia hecho adornar con suntuosidad para la bella Margarita.

Nunca se ofreciera á la vista del enamorado Marques modelo mas perfecto de un ser celestial encendido á la tierra para admiracion y embeleso de los hombres. Jamas viera en la corte de Felipe Augusto, su señor, ni en la de Ricardo, rey de Inglaterra, exterior tan majestuoso, proporcion tan maravillosa en las formas, rostro mas interesante, mas peregrino. Tocando, por último, el término de sus ansiosos deseos, se deshacía en conjeturas para darse razón á sí mismo de la posibilidad, de la certeza de haber encontrado frescura tan balsámica, tan virjinal, en la desgraciada viuda del Emperador Isaac de Constantinopla. La accion del tiempo, la influencia del infortunio, no habian alterado en lo

mas mínimo aquellas animadas facciones: y en los ojos azules, grandes, rasgados y centellantes de la Emperatriz, se anunciaba con noble modestia la candorosa llama del casto fuego de las vírgenes.

— Por fin sois mía, sí, sois mía, mi adorada Princesa, dijo el Marques, arrojándose á los pies de Margarita. Dentro de poco, lo espero, podré públicamente enauzarme con enlace tan suspirado. Al presente es imposible, pues no ignoráis, Princesa idolatrada, que, por una bula de nuestro Santo Padre el Papa, se nos prohibe contraer matrimonio hasta terminar la gloriosa guerra en que estamos empeñados. Sin embargo, sois mía desde esta noche venturosa; en la cual me haceis heredero de los legítimos derechos de mi imperial predecesor. ¡Derechos preciosos! En comparación nada valen todas las coronas de la tierra. Por adquirirlos hubiera yo abandonado la mia, y también las otras, si pudiese disponer de ellos.

El fervoroso ardor con que hablaba el Marques de Montferrat hizo enrojecer el semblante de Margarita, cuyos resplandecientes ojos parecieron un instante después eclipsados por una nube densa. Su trémula mano, transparente como las alas de un serafín, se heló al contacto de las de su marido, que entregado á los entusiásticos transportes de una pasión frenética multiplicó sus esfuerzos para triunfar de las virtudes de la supuesta Emperatriz, dando en su interior gracias al cielo, por haberle deparado en la viuda de tan ilustre soberano la inocencia de una joven casta y ruberosa. En breve no se vió ya la luz de la lámpara á traves de los vidrios pintados de las ventanas; y la luna, escondida entre agrapadas nubes, protejió el misterioso silencio que dominaba en la isla de San Nicolas del Lido.

(Se continuará.)

## EL ALBUM DE MI NOVIA.

No lo atribuyan Vds. á vanidad: tuve yo una novia muy bonita. Escuso decir que á todas horas del día y en las cuatro ó cinco útiles de la noche, estaba rodeada de una porcion de jóvenes muy amables, entre los cuales solian figurar algunos poetas de quince á veinte, algunos buenos mozos de profesion y otros que sin ser buenos mozos ni poetas, gustan de la sociedad de las muchachas lindas por natural instinto y para afición á lo bueno. Ya pueden Vds. considerar cuan dulce habia de ser para mi alma el ver continuamente humeando á los pies del objeto de mis amores el incienso de la adulacion: cuanto habia de satisfacerme ese voto unánime que la proclamaba una notabilidad de hermosura y gracia. Otro necio, en mi ventajosa posicion de preferido, se hubiera amedrado tal vez y temido una suplantacion poco lisonjera; pero yo, afiliado hace mucho tiempo en el gremio de los felices mortales que en todo y para todo se creen en primera linea, vivia muy tranquilo; porque ademas de las solemnes promesas de mi futura mitad y de las mas altas seguridades de mi suegro *in fieri*, estaba plenamente convencido de que no podia engañarme y de que soy muy linco para que me la pegue una boquirubia.

Tenia tambien á mi favor el haber sido muchos años íntimo de cierto literato de gran nota, y aunque este jamas me leyó sus versos, ni habló conmigo mas que del tiempo y de la salud y de cosas insignificantes, algo se pega, como dice el refran, y en su buena compañía adquiri bastantes conocimientos para traducir el sentido oculto de una letreilla melancólica y la declaracion envuelta en un romance morisco. Ello es que mis subalternos rivales se alama-

licaban el majin forjando allá unos versos que sonaban muy bien, si señor; pero que maldito el fundamento tenían, ni pizca de cosa que se parezca á las cosas que debe haber en los versos.

La mayor parte de los susodichos rivales, jente lozana, sin cuidados, ni pesadumbres, como hijos de familia, estaban que ponían el grito en el cielo contra las enaguas de este siglo corrompido, y se salían de sus casillas al mentar el egoísmo de la raza humana, y la infidelidad de los amigos, y las miserias de la vida libre y holgazana; pero yo que los veía comer de fonda, y sabía los años que cada uno contaba, y los hallaba embosados por las noches corriendo la marimorena, ya me iba curando de espantos y acostumbándome el son de su enlutada lira y á las espantosas maldiciones que ensartaban contra el cielo y la sensibilidad y la virtud y las cadenas. Mi novia, como jóven inexperta, lo tomaba todo por moneda contante y les compadecía y les consolaba como si estuvieran en el primer escalon del patíbulo.

Uno de ellos, acérrimo admirador de las noches de luna, y que durmiendo, bajo sedosas mantas en abrigada alcoba, decía que las pasaba en el cementerio oyendo el silbido del viento y siguiendo con los ojos la monótona undulación del solitario ciprés, tuvo la feliz ocurrencia de aconsejarme que regalase á mi novia en sus días un *album* primorosamente encuadernado, que por cierto me costó ciento y sesenta del pico. Eso sí, era muy galano y el artífice me lo pomleró hasta no poder mas. Mi bella lo recibió con todo el entusiasmo de su puro amor y como el presente mas grato á su apasionado corazón. De sus manos pasó á las del poeta consejero, que se lo tuvo un mes por allá; luego vino á poder de otro tertuliano, que lo trasmitió á otro cofrade; y así, de uno en otro y de este á aquel, dió la vuelta al círculo de

todas nuestras conexiones artísticas y literarias, al de las conexiones de estas conexiones y estuvo en la mitad de las casas de Madrid. Notable honra para mi novia y mas notable aun para mí! Por fin, después de dar como si dijéramos la vuelta al mundo, fondeó en el ansiado puerto sin quedarle ya una hoja blanca. Entónces había dejado de ser *album*, y yo inspirado por mis literarias reminiscencias tuve la feliz idea de llamarle *nigrama*. Verdaderamente fué negro para mí. Querrán Vds. creer, que la huena de mi novia, sorda hasta entónces á todas las interpelaciones de la infatigable cohorte de rondadores, espejo de fidelidad nupcial, escollo de atrevimientos y declaraciones, incapaz de prendarse de otro hombre que de un servidor de Vds., se enamoró... de su *album*? Pues créanlo, porque así es la verdad.

Con su *album* por la mañana, con su *album* por la tarde, y con su *album* debajo de la almohada por la noche; tanto lo leyó y lo relejó y lo volvió á releer, que se olvidó de mí, de sus promesas, de su padre, de la modista... de la modista! nada puedo añadir ya. Pídi explicaciones, se me negáron: exijí, rogué, porfié; todo en valde: me quedé en blanco por un *album*. Mi suegro en ciernes lloraba; los parásitos de mi amor triunfaban: mi novia se había enamorado de sus versos, y de su prosa, y de su luna, y de sus maldiciones. Rampé con ella y me retiré; pero no sin reclamar formalmente la restitucion de todas las prendas regaladas á la ingrata, incluso el *album*, que era mio por aquello de los ciento y sesenta. Todo me fué puntualmente devuelto excepto el *album*. Como había de darme el *album*? Insistí: negado. Puse una demanda: hubo juicio de conciliacion y luego pleito. El juez sentenció que siendo mios el papel y la encuadernacion, no había mas remedio que volverme las cubiertas y el papel con

resarcimiento de las desmejoras y los defectos; pero que perteneciendo las poesías á la señorita, yo debía darle las poesías. Aquí te quiero escopeta. Era preciso trasladarlas á otro papel y rasparlas del libro. De esto se encargó un oficinista cesante, amigo mío; pero hizo la operación al revés: empezó por raspar; dejó el libro como el ampo de la nieve (oh! era muy hábil!) y cuando quiso emprender la copia, ya no había original.

Mi novia se murió de pesadumbre: cuando digo que se murió, pueden Vds. suponer que la enterraron. Yo tuve tres desafíos de resultados de la muerte de los versos. Mi ya-imposible suegro me denunció como asesino de su hija. Me gasté un dineral para salir del lance y me dió una enfermedad que no sé como lo cuento.

Solo en pesar me queda despues de tantas tribulaciones. El de no haber leído las poesías del *album* de mi novia.

## NO ME DIGAIS SU NOMBRE!

La persona que yo he amado mas en mi vida no es aquel hermano tan tierno y tan altivo que en su juvenil orgullo sonreía al contemplarme y que á cada instante me repetía que no se necesitaba amar á nadie cuando se amaba á un hermano.

Tampoco es aquel que lleno de una ardiente y pura idolatría prefería mi sonrisa á todos los halagos de la gloria, que hubiera cedido su primer laurel por una rosa desflorada por mis labios y que, poetizando la vida en un sueño de amor, me hizo conocer que era bella y que tenía quince años.

El que yo amo mas en el mundo no le he visto jamas: su nombre aun no ha re-

sonado en mis oídos, no le estrechado su mano sobre mi corazón, mi pluma jamas se ha dirigido á él, é ignoro si sus miradas son de benevolencia ó de amargura.

Pero él se descubrió en una noche de lágrimas y de eternidad, en la que un alma hermosa y pura cansada de los trances de la vida partió á reunirse con las almas que gozan en el cielo, y confió á algunos seres que habían amado sobre la tierra el culto de su recuerdo y el encargo de la oración.

Era una noche fresca, brillante, y perfumada de suaves emanaciones, una noche en que sin duda habría muchas fiestas campestres, alegres rondas y amores felices... una de aquellas noches cuyo aire es puro como el hábito de las vírgenes y en las que es tan dulce la vida que no deberían ser profanadas con la imájen de la muerte. Y sin embargo el ángel exterminador se inclinó sobre un punto del universo... un suspiro se perdió en el espacio. En este instante llamé á mi madre; pero mi madre no me contestó..

Desde entónces un ser á quien no se oyó jemar, á quien no se vió temblar, á quien nadie descubrió combatido por las angustias del dolor, pero que lloraba y sufría también, preparaba invisiblemente una corona de adelfa y ciprés, y la suspendió de la primera rama que se extendió sobre la tumba de mi madre.

Yo encontré esta corona, la bendije y nada pregunté. Qué necesidad tenía de saber nada? Qué nombre, qué títulos hubieran equiparado para mí el interés que me inspiraba esta mística ofrenda! Ah! sin duda el que allí la depuso quiso hacerme comprender que las fórmulas y palabras del mundo son muy inferiores á la intimidad de las tumbas y que no debía profanar un deseo curioso el misterio de tan sensible homenaje.

Siempre que alguna época simbólica ó

alguna ocasión solemne me conducía á la tumba de mi madre, hallaba una corona, triste y piadoso testimonio de un afecto constante, una corona siempre fresca y distinta, meciéndose en los cipreses, deshojándose sobre el fúnebre mármol, embalsamando el estrecho recinto del reposo, pero sin nombre, sin emblema, sin señal alguna. Solamente la expresion de un recuerdo que vela, de un culto secreto, de un dolor que jamas se mitiga!

Ya sea que asaltada de un acceso de tristeza, fuese á pedir valor á las cenizas de mi madre, cuando el mundo habia desechado mis lágrimas ó destruido mis esperanzas, ya que para celebrar un triste aniversario fuese á regar con mi llanto el césped que crecía al pié de su negro obelisco, hallaba siempre una corona que precedía á la mía.

Tributo de lágrimas y de flores! incienso de un corazon que amaba lo mismo que yo y oraba por el mismo objeto!

Si alguna vez, demasiado conmovida de esta cita sepulcral, intenté definir aquel ser asociado á mis penas, ninguna huella de su presencia satisfizo mis deseos. Medí las ramas, depósito de sus ofrendas, y su flexibilidad engañó todos mis cálculos. Examiné la yerba que él habia debido hollar y jamas encontré la huella de sus pasos. Aun en tiempo de aquellas ligeras escarchas que un simple soplo destruye, quise en vano buscar una impresion extraña.

Do quiera relijion, silencio, misteriosa simpatía, poder invisible que correspondía con mi corazon!

¿Quien quiera que tú seas, ser de lágrimas y de bondad, ángel de luto y de amor, amigo generoso que has elegido mi alma, prosigue desconocido porque no necesitas de nombre ni atractivos para agradarme y hacerte comprender mejor. Creacion de pesares y de recuerdos, mediador entre mi madre y yo, te erio superior á todos los cul-

tos del amor, y te consagro toda la admiracion y reconocimiento de que mi alma es capaz!

Si eres un anciano que la vió brillante en su juventud, y que sometido á la irresistible seduccion de sus gracias y de su talento, vienes á deponer sobre su tumba el tributo de un antiguo recuerdo, te adora como á un padre; oh! si pudiera estrecharte en mis brazos refrescaría con un aliento tu calva frente, sostendría tus pasos vacilantes y me complacería en tender mis mas ricas pieles para que descansasen tus rodillas.

Si eres un jóven que recibió sus dulces y virtuosos consejos, y cuya alma, todavia inocente y pura, iba á confiarla sus dulces ilusiones y sus primeras lágrimas á medida que necesitabas una madre indulgente ó una hermana cariñosa, te amo como un amigo, como un hermano y elevaré al Eterno mis humildes súplicas para que te conceda la felicidad que á mí me fue negada.

Si eres una mujer que compadeció y compartió sus penas, que la vió dulce y sencilla en la prosperidad, sublime y fuerte en la desgracia, que la oyó hablar de sus hijos, que la vió sonreír en medio de su agonía para disimular su próxima muerte, ven á mí; yo apoyaré mi cabeza sobre tu seno, te llamaré madre y lloraré contigo.

PERO NO, NO ME DIGAIS SU NOMBRE si alguna vez le habeis visto verter una lágrima misteriosa, si le habeis hallado al nacer la aurora recorriendo los tortuosos senderos del cementerio; ó si en una noche sombría y melancólica le habeis oído murmurar un nombre que jamas contactará. NO ME DIGAIS SU NOMBRE si le habeis conocido, porque sería quebrantar la simpatía de la tumba. No quiero saberle aquí, mi madre me lo revelará algun dia en la mansion de los justos.

## LOS TURCOS

## Ó TATAROS DE KAZAN.

De todos los pueblos de Asia que la Rusia ha reunido á su imperio en el transcurso de cuatro siglos, ninguno ha sido para ella tan gloriosa y útil conquista como el de los Tataros ó mas bien Turcos de Kazan. En ninguna otra nacion de aquella parte del mundo se encuentran ya ciertas cualidades preciosas y positivas que constituyen la fuerza y solidez de un estado. La civilizaci6n de estos Turcos no es sin embargo una civilizaci6n copiada; les pertenece como propia y lleva un sello particular; y es cosa averiguada que en la 6poca en que fu6ron subyugados por los Moscovitas, esto es en 1552, estabau mucho mas adelantados que estos en las artes 6tiles y dom6sticas. Aquella actividad mercantil, que ha formado siempre uno de los principales caracteres de la nacion, lejos de entibiarse ha ido adquiriendo sin cesar nuevo incremento, así como la industria que ha llegado ya al mas floreciente estado. Á estas inclinaciones laboriosas renuen los Tataros muchas virtudes naturales. Son sobrios, castos, prudentes y hospitalarios, y aunque en extremo apegados á los principios y á las prácticas del islamismo, se muestran muy tolerantes con los cristianos. Sus mujeres gozan de una libertad mucho mayor que la que los musulmanes suelen conceder al sexo débil; se presentan á la vista de los extranjeros sin que los hombres manifiesten ni el mas pequeño asomo de recelo. La familia es entre ellos una verdadera monarquía patriarcal. En ella el poder absoluto pertenece al padre, que siempre lo ejerce con moderacion y tino. Aunque el Coran le permite la poligamia, rara vez toma

el Tataro segunda compañera, y esto únicamente cuando la primera no puede darle sucesion: ent6nces divide el lecho con la nueva esposa, pero su respeto y su consideracion son siempre para la primera.

Los Tataros de Kazan han conservado en sus costumbres y habitaciones el gusto y los modales del oriente, sujetándolos á las alteraciones que en su pais exija una diferencia notable de clima y temperatura. Sus casas, casi todas de madera y adornadas con elegantes tapices y muelles sofás, se templan con estufas y chimeneas que distribuyen un calor igual y suave; porque tambien allí como en la Rusia ha triunfado del rigor del frio la industria del hombre.

El traje de estos pueblos es esencialmente oriental. Los varones llevan una túnica de lana que sujetan con un cinturon: encima de ella se ponen un rop6n ancho y flotante, cuyos pliegues graciosos y hábilmente dispuestos, comunican al Tataro un aspecto de noble sencillez: comunmente se rapan la cabeza, y llevan borcegués. El vestido de las mujeres difiere poco del de los hombres: es en general ménos ancho y mas corto, y el cinturon, en lugar de ceñir la túnica, sirve para sujetar los pliegues del rop6n. Su tocado es un gorro, por lo comun de figura cónica, adornado de corales y dijs de vidrio; cuelga de él una larga tira de tela ó paño que llega hasta mas abajo de las caderas y sirve de velo. Estos Turcos saben disponer tan raras vestimenta con singular gusto y elegancia; pero la coquetería es en ellas casi una cualidad, pues nunca olvidan la pureza de sus costumbres.

Los Tataros de Kazan son generalmente bien formados, aunque de estatura poco mas que mediana: tienen los ojos negros y penetrantes, y aspecto varonil y guerrero, que lejos de excluir la dulzura y benevolencia en las facciones, las aumen-

tan con la nobleza y gracia del traje: muchos de ellos se dejan crecer la barba, y esto acaba de darles un continente que impone.

Estos pueblos, aunque sometidos á los

Rusos, han conservado todos sus privilegios, sin duda por causa de su espíritu guerrero é independiente, que pudo tener á raya aun al mismo vencedor. Usan todavía la lengua de sus padres y la hablan



con gran pureza. Al conocimiento de su idioma unen frecuentemente el de diversas artes, y sobre todo de la música. Poseen una especie de arpa llamada *gusli*, de la que sacan muy armoniosos sonidos, y tam-

poco es raro encontrar entre ellos hombres bastante familiarizados con el dialecto ruso y el bukharo-persa.

Kazan, ciudad enteramente rusa, constituye el punto de union de las civilizacio-

nes europea y asiática. Residencia de un gobernador y de una célebre universidad, rival de Moscou en la elegancia de sus fiestas y en el lujo de sus banquetes, punto de reunion de toda la alta sociedad rusa, no contribuye poco á sostener el estado de prosperidad en que se hallan hoy los Turcos-Moscovitas.

## LAS AVENTURAS DE LORENZA.

NÚMERO PRIMERO.

### CARTA DE LORENZA Á CLOTILDE.

Amiga mía! Cuanto regocijo he tenido al ver que te acuerdas de mí! — De mí... pobre y desvalida mujer, rosa deshojada por ardiente huracan, cuando apenas habia entreabierto el fragante cáliz á la benéfico impresion de los rayos del Sol, que los poetas suelen llamar Febo!

Mucho celebre, mi siempre querida Clotilde, que hayas hecho fortuna. Y no lo extraño, porque tu nombre, tu nombre solo era ya una garantía de tu felicidad. Así la tuviera tan buena el papel del cinco que heredé de mi padre, pues va ya para tres años que no pagan la renta, y estamos en que dentro de otros tres sucedrá lo mismo! Pero volviendo á la cuestion, Tú te llamas Clotilde... cuanto daría yo por llamarme, así... con un nombre que no sonara tan mal como el mio! Y como que ya he probado tres ó cuatro veces á componerlo, unas encojiéndolo, y otras estirándolo... he hecho de él Lora, Loza, Lorenzaida, Lorela y Lorenzilde; pero nada... no lo puedo amoldar de manera que me parezca bien. Llamarse Lorenza! Esta es una

desgracia que revela y predice muchas, y que lejos de desmentirlos, perpetúa y eterniza la memoria de unos principios cuya sola idea me causa horror. Verdad es que mis padres fuéron muy honrados, aunque artesanos de profesion; por tanto no reparáron en la parte repugnante de mi partida de bautismo: y eso que nací en el año del hambre, en ocasion que estaba en casa alojado un capitán de granaderos de la Guardia imperial que se llamaba Adolfo, y me tuvo en la pila!

Como te envidio tambien porque estás en Paris! Cuantas ganas tengo yo de ir á Paris! Dicen que ahí todo se hace al revés de por acá; y mira tú, ese es precisamente mi fuerte, hacer las cosas al revés de como las hacen los otros, porque desde que quise ir una vez al derecho y me salió mal, he jurado ir siempre del otro modo, á ver si así me sale bien. Muchos imitadores tengo: puede que nos desgraciemos todos.

Quando marchaste de Madrid acababa yo de cumplir veinte y un años, y tenia virgen de toda pesadumbre mi corazón, tan contristado en la actualidad. Bien te acordarás de aquel jóven que nos dió pastillas una noche en las Máscaras. Nunca le hubiera conocido! Voy á contarte cosas que te harán estremecer.

Pues señor, mi hombre, que por aquella vez se quedó con la gana de saber quienes éramos, acertó á pasar por delante de nuestra tienda tres ó cuatro meses después: ya hacia algun tiempo que te habías ausentado tú. Yo estaba con la escoba en la mano: se para: me mira: pone un pié en el umbral de la puerta; y retrocede en seguida hacia el arroyo, como repellido por una fuerza superior. Esa la doce de la mañana: pasaba mucha jente á la sazón: él iba de punta en blanco, hecho un eleganton en toda forma, y yo... ya puedes figurarte... de trapillo... en una ca-

sa tan... y con aquel fatal instrumento en la mano...! Tomó colle abajo, sin volver la cara atras, que yo sali á la puerta á llamar mix...! mix...! al gatito, que andaba por la trastienda entónces, y lo observé bien todo; pero al dia siguiente... cual fué mi sorpresa! á la misma hora lo ví en el balcon de un cuarto principal, frontero de nuestra casa, que por mas señas estaba desalquilado. Desde allí me flechó un lente, y con él uno de aquellos dardos envenenados que dicen lleva el Dios Cupido en su aljaba. Mira tú! — Quien sabe cuántas muecas me hizo! Por último... para llamar mas nuestra atencion, segun me dijo luego, figuró que se había quemado la guirindola con una chispa del cigarro, empezó á darse espirotitos en los pliegues, y exclamó al mismo tiempo en voz alta: *Kerrrenonedidiú!*

*Kerrrenonedidiú!* repitió mi padre: ese caballero debe de ser guiri! Para que sea bueno! — Se acordaba sin duda entónces de mi padrino!

Yo me meti detras de la puerta, un poco ruborizada! él, segun me contó luego mi padre, se quitó tambien del balcon, y hasta dos dias despues no volví á verlo.

Esta vez le acompañaba un mozo de esquina, con su bandolera de esparto y todo. Venía mi amante con un sortá, como de camino, y con una carta en la mano. Ardides del amor! El Gallego le decía: señor amo, esta es la calle! — Y el número? — Si yo supiera de letra, sería sacristan y fel de felchs en mi país! — Preguntáremos en esta tienda! — Si señor! — Diga usted (á mi padre): D. Celudonia Vista-corta donde vive? — Doyte au dejun el nombre! continuaba el Gallego — No conozco á ese caballero, contestó mi padre. — Pues aquí dice: cerca de la taberna: — y al mismo tiempo que le enseñaba el sobre de la carta, me ponia en la mano un billetito perfumado, y... tan mono! Cerrado

por el estilo de aquellos bolsillitos de cartera con cuatro picos, y en lugar de laerra un redondelito de papel de color con un perrito de relieve, blanco, en actitud de correr, llevando en la boca una esquadra. Todo esto no lo ví de pronto; pero lo examiné luego, á mis solas, detenidamente.

Cuando hubo visto mi padre el sobre de la dichosa carta, y ratificado su primera contestacion, tomó el portante el caballero incógnito escoltado del Gallego, mirando de acera á acera á todas las casas, y haciendo ademán de buscar el número, con tantos esparabanos y desquizes que el viajero y el mozo tropezáron con un vendedor de Santi-boniti, y le hicieron una edicion de á mil ejemplares de la media doctrina de titeres que llevaba en la tabla. Entre paréntesis: no te extrañes de ver que alguna vez me remonto demasiado en mi modo de hablar, y uso de frases que pueden suponerse fuera del alcance de una mujer vulgar. No lo soy, no, mas que en el nombre! He leído muchas novelas, y esley muy familiarizada con el romanticismo, y me gusta ir al teatro en las noches en que andan en danza pañales y venenos, aunque no sea sino por tener la satisfaccion de ponerme mala, y porque digan que tengo nervios! Me complace tanto el oír hablar del mal de nervios!

Clotilde mía, me daba una cita en el billete! todavía lo conservo. No era largo, pero... qué bien sentido, y qué bien escrito, y qué claro! Para no hacerme tropezar en nada empezaba con letra minúscula! Qué exceso de prevision! *prenda adorada, yo la adoro á Usted, y la adoraré mientras pueda adorar á alguien! Mujer, tú eres la aurora que brilla por fin, despues de noche tormentosa, y que consuela mi corazon con el gotoso balsamo de un rocío que me abrasa las entrañas. Si no quieres que un jóven que delira por ti se arroje desesperado en el*

*Real Canal de Manzanares, entre el segundo y el tercer molino, que allí no hoy guardas... apiúdame, y concédeme besar esa mano hechicera á la cual ha sometido el Eterno los destinos de mi vida.*

*Mira que me abraso!*

*Mira que me muera!*

*Mira que te quiero...*

*Porque eres de mi vida la luz!*

*Y juro á una Cruz*

*Que si he de perderte;*

*Si he de abandonarte...*

*Si deba mirarte*

*Como si fueras de mi desgracia el Arcaduz;*

*De negro capuz*

*Ciña la frente sañuda*

*El Hado adverso y fatal,*

*Y hunda su agudo puñal*

*En aquesta alma desnuda!*

*Tu mas fiel esposa.*

Figúrate, Clotilde, á quien no había de conmover este lenguaje! Mira que lo del *Hado fatal*, y lo del *alma desnuda* es mucho cuento! Continuaba diciéndome que al día siguiente, en punto de las ocho de la mañana, debíamos vernos junto al estanque del Retiro, cerca del Dios Canapé, el que está entre las dos norias.

En efecto, madrugué, despaché mis haciendas, pedí licencia á mi padre para ir á misa, porque era domingo; y en cuanto revolví la primera esquina... pies para que os quiero! Al Retiro!

Qué conferencia, querida mía! Qué ternura! Qué protestas de amor eterno! Mira: me dijo unas cosas! Y me dió una sortija de similor con un rótulo que decía *Souvenir*. Esto es frances, ya lo conocerás tú: como que él ha corrido mucho mundo, y ha estado tambien en Paris. Por último, Clotilde; me quiso bien y yo le quise mejor. Ni podía suceder otra

cosa. Se presentaba con tanto garbo... era tan amable... y tan condescendiente! Y tenía un hablar tan gracioso! Y se empeñó en enseñarme la lengua francesa: como que á los dos días ya sabía yo responderle *güi musá*, y me daba lección en un libro de la vida del Cardenal de *Ricchiú!*

Me parece ya esta carta algo larga, y me afecto ademas, recordando aquellos momentos felices en que me creí la mas venturosa de todas las mujeres. Adios: y si al principio te dije que iba á contar cosas que te harian estremecer, no te espantemeczas todavia: déjalo para la segunda carta, y cree que te ama tu— *Lorenza*.

(AZCONA.)

## D. PEDRO

### EL CRUEL. (1)

(Continuacion.)

Algunos Grandes habían levantado en Andalucía el estandarte de la rebelion; y D. Enrique, conde de Trastamara, insurreccionaba las Asturias. Entretanto, su hermano D. Tello promovía alborotos en las fronteras de Aragon. Los enemigos de D. Pedro creyeron que no conseguiria sofocar el incendio que amenazaba consumir los reinos de Castilla; pero el Rey era muy valiente, y estaba dotado de talentos militares. Llegó á Jijon y sometió á D. Enrique: voló á Monteagudo, y D. Tello tuvo que huir precipitadamente: dejóse ver en Andalucía, y el jefe de los rebeldes, D. Alfonso Fernandez Coronel fué sitiado en Aguilar, que se tomó despues de cuatro me-

(1) Véase el núm. 7.º

ses de cerco. D. Pedro hizo justicia de Coronel y de algunos pocos de los principales conjurados, perdonando á los habitantes.

Dícese que en el viaje de Astúrias se enamoró el Rey de la célebre D.<sup>a</sup> María de Padilla, dama de D.<sup>a</sup> Isabel de Meneses, mujer de D. Alfonso de Albuquerque, gran privado de D. Pedro.

Albuquerque, D. Vasco, obispo de Palencia y gran Canciller del reino, y la reina D.<sup>a</sup> María pensaron en el matrimonio de D. Pedro, para separarle de los amores de la Padilla; y con aquel objeto fueron enviados á Francia como negociadores D. Juan de Rojas, obispo de Burgos, y D. Álvaro García de Albornóz, quienes solicitaron de Pedro primero, duque de Borbon, una de sus seis hijas para el Rey de Castilla. Aceptada con grande satisfaccion del duque la demanda, fué decidido que la mayor de las seis hijas, llamada Blanca, diese la mano al rey Don Pedro.

Era Blanca una mujer bellísima, de apacible carácter, y virtuosa en extremo. Albuquerque, celoso de que la privanza de D.<sup>a</sup> María de Padilla le fuese funesta, creyó asegurada la suya con el matrimonio del Rey, esperando que Blanca de Borbon, esposa de D. Pedro, triunfaria del amor que aquella le había sabido inspirar.

El Vizconde de Narbona condujo á España la Princesa en 1353; pero D. Pedro no dió muestras de interés por esta alianza. Albuquerque le apuraba: instábale la Reina Madre: D. Pedro conocía las razones de conveniencia en política para ceder á las porfiadas solicitudes de ambas; pero amaba mucho á D.<sup>a</sup> María de Padilla, y las anteriores revueltas le habían hecho algo suspicaz. Por otra parte la querida y sus parientes, que alcanzaban ya mucho poder cerca del Monarca, minaban sin descanso el edificio que iban alzando la Reina Madre y el Ministro.

Celebrábanse fiestas en Torrijos, cerca de Toledo, por el nacimiento de una niña que D.<sup>a</sup> María de Padilla dió á luz, en ocasion en que D. Pedro acababa de curarse cierta herida que recibió en un torneo; y no pudiendo ya resistir á las instancias que se le hacian partió á Valladolid, en cuya ciudad se verificaron las bodas con D.<sup>a</sup> Blanca; pero, apénas terminada la ceremonia, abandonó la Corte y fué á reunirse con la Padilla en Montalban. Enrique, conde de Trastámara, y sus hermanos, ya reconciliados con el Rey, habían asistido á los desposorios. Los amigos de D.<sup>a</sup> Blanca no omitieron diligencia alguna en su obsequio; mas D. Pedro, que regresó á Valladolid momentaneamente, abandonó de nuevo á su esposa, á quien miraba con no disimulada aversion; la Reina Madre, el Ministro y todos los cortesanos quedaron entregados á la consternacion mas desesperada.

Cuentan que D.<sup>a</sup> Blanca trajo á D. Pedro una rica banda, que cierto judío, mago de profesion, sometió á sus malféficos sortilejos por intrigas de la Padilla, de suerte que cuando D. Pedro había colocado la banda sobre su pecho creyó ver que se le enroscaba una enorme serpiente. Tambien han dicho que D.<sup>a</sup> Blanca fué obsequiada con amoroso rendimiento por Don Fadrique (hermano de D. Pedro) el cual salió á recibirla al entrar en España. Los que así motivan el desamor de D. Pedro respecto de D.<sup>a</sup> Blanca se apoyan sin duda en muy débiles fundamentos. Mejores los hubieran hallado en el desvío de Albuquerque, el cual por envidia de la Padilla se hizo partidario de la Reina Madre y de la Esposa del Rey, que no pudo ver sin enojo la infidelidad de su antiguo privado. Y aunque quiera justificarse esta infidelidad con el arrepentimiento que supone en Albuquerque por su anterior conducta, pues secundó un tiempo, segun los histo-

riadores, la relajación y extravíos de Don Pedro, siempre podrá la crítica hacer presa en la ambición del Ministro para establecer consecuencias diferentes.

El Rey de Castilla persiguió al valido: retiróse este á Portugal: sitió D. Pedro sus castillos é hizo cruda guerra en sus tierras; y cuando llamado á Castilla por graves negocios dejó encomendada su venganza á Enrique de Trastámara y Don Fadrique, sus hermanos, estos, en vez de servir los intereses del Monarca aprovecharon la ocasion de dar rienda á sus anteriores resentimientos. Entónces se concibió el proyecto de usurpacion que fué puesto despues por obra. Concertáronse con Alburquerque, y formáron una liga ofensiva y defensiva contra el Rey, contando con la alianza de Francia, asegurada por el mal proceder de D. Pedro respecto de una princesa de la Casa de Borbon, constituyéndose sus paladines para abrirse uno de ellos el camino del trono y justificar con la fuerza el mal derecho que les daba su ilegítimo nacimiento. El número de los conjurados se engruesó á favor de otros acontecimientos, y casi todo el reino se alzó contra el Rey.

D.<sup>a</sup> Blanca fué conducida de órden de su esposo á Toledo, y en esta ciudad se declararon por ella los rebeldes, porque al pasar por delante de la Catedral se detuvo á visitar la iglesia, y abrazada á un altar hizo protesta pública de su inocencia, lo cual conmovió en el momento á la multitud.

Varia fué la fortuna de los coligados, y tambien la del Rey en diversos encuentros. D. Pedro escapó de muchos peligros, en parte por el favor de su hermano Don Tello, que era alternativamente su partidario y su enemigo. Por último reunió Cortes en Búrgos: fuéronle otorgados en ellas subsidios extraordinarios para los gastos de tan costosa guerra, y determinó situar á Toledo; pero le precedió el Conde

de Trastámara y tomó posesion de la ciudad, teniendo que abandonarla muy pronto porque el Rey la fogzó. D.<sup>a</sup> Blanca fué abandonada por sus defensores que demostraron entónces bien á las claras qué clase de interes tenían en hostilizar al que llamaban su tirano. D. Fadrique no tardó en reconciliarse con D. Pedro, porque este le dió la investidura del gran maestrazgo, vacante por muerte de D. Juan de Padilla: D. Enrique de Trastámara mas constante en sus odios, y mas profundo en sus miras, pasó á Francia y se señaló en varias funciones militares al servicio de aquel Monarca. La Reina Madre se retiró á Portugal, donde sus costumbres diéron motivo á su hermano, que á la sazón ocupaba el trono portugues, para fulminar contra ella sentencia de muerte, que se verificó por medio de un veneno.

Ya desconcertada la liga que se había formado contra D. Pedro, estalló nueva y encarnizada guerra entre Castilla y Aragon en 1356, por un agravio que cierto caballero aragones hizo á las armas castellanas, y cuya reparacion no pudo obtenerse en términos tan latos como se solicitaba. Los vasallos mal contentos de Don Pedro se refugiaban en Aragon y conspiraban contra aquel, auxiliando á los aragoneses: los aragoneses quejosos del gobierno de su Rey pasaban á Castilla á engruesar los tercios de D. Pedro: peleaban hermanos contra hermanos y padres contra hijos: Francia, Inglaterra, Navarra y Portugal se interesaron tambien en la contienda; y hasta los Reyes moros de España, coligados ya con el aragones ya con el Castellano, ayudaban á unos y otros á degollarse reciprocamente. El Rey de Aragon propuso á Enrique de Trastámara el mando de su mejor ejército: este aceptó, vino á España, se puso al frente de los aragoneses, y la guerra se hizo á muerte desde entónces.

Enrique talaba las tierras de Castilla: D. Pedro quiso emprender una grande expedición por mar sobre las plazas marítimas de la corona de Aragón, y amenazó con un sitio á Barcelona que fué prontamente socorrida.

Á través de tantas revueltas, irritado el Rey mandó dar muerte á D.<sup>a</sup> Blanca en Medina-Sidonia, segun sienten buenos autores. Poco despues falleció D.<sup>a</sup> María Padilla, que fué declarada reina de Castilla por D. Pedro.

(Se continuará.)

## RAMILLETE.

**EL CORDERO PASCUAL.** Su sacrificio, una de las mayores solemnidades entre los Israelitas, era el principal objeto de la fiesta llamada Pascua, celebrada anualmente en el mes de Nisan con todas las ceremonias que Moises prescribió al instituirlo. La palabra Pascua se deriva del hebreo, y significa aproximadamente *paso, tránsito*: Cuando Dios fulminó sentencia de muerte contra todos los primogénitos de Egipto, esta plaga no tocó las casas de los Israelitas, cuyas puertas estaban señaladas con la sangre del Cordero sacrificado, y la calamidad *pasaba* adelante sin dañarles.

En memoria de aquel grande acontecimiento que fué coronado con la emancipación del pueblo hebreo, el décimo día del mes de Nisan, que principiaba con la luna de marzo, cada familia elegía un cordero que debía ser del año, macho, y sin defecto, y lo conservaba hasta el día décimo cuarto del mismo mes, pa-

ra sacrificarlo despues de la hora sexta. Aquella noche comían las familias el Cordero inmolado, pan sin levadura y lechugas silvestres. El que no podía consumir en su casa un Cordero tomaba de otra la parte suficiente á la celebracion de la ceremonia, pues no era permitido conservar restos de la víctima, y cuando sobraban debían quemarse. Tampoco se permitía prepararlo con agua. Lo asaban, teniendo gran cuidado de no romper ninguno de sus huesos; se comía de prisa, calzados los pies con sandalias de viaje, ceñida la túnica, y con un báculo en la mano.

— He aquí, segun un periódico ingles, cómo terminan los desafíos en el Japon: — El que tiene un lance de honor va con un cuchillo en la mano á encontrar á su adversario. Cuando están juntos, el que se cree ofendido se clava en las entrañas el arma fatal y le presenta en seguida á su antagonista para que haga otro tanto. El que se niega á esta terrible invitacion queda deshonrado para siempre.

— Es conveniente callar ó decir cosas que valgan mas que el silencio. Arrojad al agua una piedra primero que una palabra ociosa ó inútil; y nunca digais poco en muchas palabras sino mucho en pocas. — PITAGORAS.

— Por el grado de tu alegría al ver la alegría de tu semejante y por el de tu pesar en sus dolores, podrás apreciar el grado de tu propia bondad. — LAVATER.

— La virtud perdona al malvado, como el ándalo perfuma el hacha misma que lo está cortando. — MAXIMA INDIANA.

**ERRATA.** En algunos ejemplares del num. 16 se equivocó el pie de la 2.<sup>a</sup> lámina que dice: *Vista del paso de ROJANDO en los Pirineos*, debiendo decir: *Vista del paso de BOLANDO en los Pirineos*.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — Los Cruzados en Venecia: (Continuacion.) — El Album de mi novia. — No me digais su nombre! — Los Turcos ó Tataros de Kazan. — Las Aventuras de Lorenzo: (Núm. 1.<sup>o</sup>) — D. Pedro el cruel: (Continuacion.) — Ramillete.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,  
calle del Amor de Dios, número 7.